

menos así lo pensaba yo, y ya se sabe de qué argumento disponía para justificar mi presencia.

Con mucha lucidez, pues, me hice cargo de las cosas y permití que fuera Potaje en busca de *La Espuma*, que me trajo unos quince minutos más tarde, aprovechando dos grandes nubarrones que ocultaron la luna y que afortunadamente fueron nuestros cómplices.

¿Qué más puedo decir respecto a *La Espuma*? Tan sólo que regresamos a su bordo a Vigo sin ningún incidente, y que la abandonamos a su suerte, no queriendo ni oír hablar de ella en lo sucesivo. Estoy seguro de que el barquero no tendría muchas ganas de hablar del incidente misterioso que le había privado durante algunas horas de su embarcación, pues, sin duda alguna, no dejaba de tener en todo aquello una cierta responsabilidad.

XX

EN DONDE SE SIGUE HABLANDO DE LOS APÓSTOLES

AL llegar al puerto de Vigo sería alrededor de la una. Creía terminadas nuestras aventuras por aquella noche; pero, desgraciadamente, no habían hecho más que empezar o, mejor dicho, iban a adquirir en el momento más inesperado para mí una nueva orientación.

Potaje y yo regresábamos al hotel muy silenciosos. Ahora que el peligro inmediato se había alejado, estábamos bajo la impresión de lo que habíamos visto, y con toda seguridad no se fijaban nuestros ojos en las cosas exteriores, sino que perseguían innumerables fulgores de oro en el fondo de prodigiosas tinieblas. ¡Millones! ¡Centenares de millones! ¡Un tesoro de guerra desconocido! ¡Nosotros habíamos visto aquello! ¡Los dos, el medio Potaje y yo!

También habíamos visto una dama velada asomada a una ventana enrejada y habíamos jurado arrancarla de las garras de sus carceleros.

Y cuando hubiéramos triunfado en aquella empresa, que era de justicia, sería yo el más fuerte de todos y podría cumplir otras cosas que nos ahorrarían a todos muchas desgracias. Con un tal secreto, con un rehén tal, ¿qué no haría Herbert de Renich? ¿No podía estar satisfechísimo de la noche?

No será necesario decir que nuestra hambre y sed, debido a un fenómeno diametralmente opuesto, pero comparable al que los había excitado, habían completamente desaparecido ahora que podíamos satisfacerlos. Por ese motivo se me puede creer si digo que no dirigimos ninguna mirada de deseo a las tabernas que hallamos a nuestro paso; aún estaban abiertas.

Y, sin embargo, una vez dejados atrás los muelles y al atravesar una enrucijada de callejuelas, una de las cuales nos debía conducir a la plaza de Santa María, a pocos pasos de la cual estaba nuestro hotel, se detuvieron mis pies, entre los cuales fué a enredarse Potaje, que me seguía medio dormido en su carrito.

—¿Qué pasa, señor? — me preguntó, listo ya para defenderme si fuera necesario contra cualquier nuevo enemigo.

—Potaje, ¿qué lees en esa muestra, a la luz de esa pésima linterna?

—Pues leo... (Potaje sabía leer) leo *Jim's... Bar de Santiago de Compostela*.

—¡Entonces es verdad! ¿No es ofuscación de mis ojos? — dije.

Y heme aquí ante el célebre bar, propiedad del famoso Jim, en donde el *midship* venía a beber sus endiablados *cocktails*.

Se recordará, en efecto, que la noche de mi primera tentativa de evasión del *Vengador*, el *midship*, que esperaba gozar de algunas horas de libertad, me había citado ante el mostrador y los vasos de Jim, para festejar, empujando el codo, mi libertad. Pero, desgraciadamente, tan hermoso proyecto había sido contrariado por aquel lio de las islas Cíes y que tan a punto estuvo de tener malas consecuencias para mí, obligándome a reintegrarme a los horribles flancos del *Vengador*.

Sin embargo, si mi memoria no es infiel, parecíame que el célebre bar y el no menos famoso Jim debían estar en el

rincón de la calle Real y de la iglesia colegiata, y nosotros estábamos bastante lejos de allí.

—¡Entremos! — dije empujado por una curiosidad cuyo objeto eran menos Jim y su bar que el *midship*, cliente ocasional con el que hubiera sido grande mi satisfacción el encontrarme, por múltiples razones.

Al vernos entrar, nos acogió Jim con su sonrisa más benévola, mientras agitaba sus mixturas en los cubiletes de estaño. Recordé que el *midship* me había dicho que aquel Jim había sido campeón de la marina de la Gran Bretaña, y para que no pudiera haber error, me aseguré.

—Sí, sí; soy el Jim en cuestión — me dijo el boxeador fabricante de *cocktails* detrás de su mostrador.

—Entonces ¿es que ha trasladado el bar?

—Sí. Los devotos, beatos y santurrones son incapaces de apreciar mi *pie-me-up* — me contestó Jim ensanchando más su sonrisa, que descubría, casi de oreja a oreja, una boca dotada de una formidable dentadura—. En el rincón de la Colegiata no sacaba ni para los gastos, pues había demasiados bares en el camino de esos excelentes marineros de la flota mercante y de guerra de Su Majestad, desde el muelle hasta Santa María, para que no se resintiesen los negocios del pobre Jim. En el comercio es necesario pensar en todo. Así, pues, me decidí a abandonar la plaza para establecerme en este famoso callejón, que, como nadie ignora, se ha hecho famoso en Vigo por haber sido teatro de la más bella y terrible historia de amor.

—¿Qué historia es ésa?

—¿Tan poco conoce usted Vigo que no ha oído usted hablar de la terrible aventura de la señorita Dolores y de su pobre madre? — preguntó Jim con sorpresa.

Yo me estremecí.

—¿De manera que fué aquí?

—En este mismo sitio, señor. Aquí, en lugar de vender *cocktails* como el pobre Jim, servía la madre de Dolores el más dorado de los vinos y distribuía sus sonrisas, mientras

que la bella y virtuosa Dolores vendía sus cigarrillos en el local de al lado.

Y me señaló una puerta cerrada que debía comunicar el estanco con la taberna y que debía estar ahora condenada. Por otra parte, habían extendido de un extremo a otro de ella un gran mapa de la guerra que la ocultaba en parte.

—¡Ah! Me place mucho el conocer un lugar tan famoso... Decía usted que fué en la habitación de al lado donde la señorita...

—Sí, sí. Ahí conoció a la banda del von Kessel, del pseudo von Kessel... ¡Historia vieja, muy vieja, conocida de todos en Vigo. ¿Qué le sirvo, señor Herbert de Renich?

Estaba sentado en un taburete y me caí de estupor.

—¿Cómo sabe usted...? ¿Acaso me conoce usted?

—Nunca he visto a usted; pero no es difícil gozar de cierta celebridad cuando se lleva tras sí un tan simpático botones.

Y me señalaba a Potaje, que acababa de entrar, después de haber explorado prudentemente los alrededores, en los que le había parecido ver rondar sombras indeseables.

Potaje había oído lo dicho por Jim, y en menos tiempo que se emplea para decirlo, había saltado sobre un taburete, y de éste al mostrador, presentando sus puñitos amenazadores (peso pluma) al enorme Jim (peso pesado), que no cesaba de reír.

—De un solo puñetazo maté a un negro que pesaba doscientas libras más que tú—dijo Jim.

—¡Pues yo hice retroceder a un toro de lidia sólo con mirarle!—contestó Potaje.

Pero me interpuse con gran autoridad entre Jim y Potaje y conseguí calmarles gracias a palabras conciliadoras. ¿No eran los dos, en su género, dos *sportsmen*, y no se debían una mutua admiración que yo exaltaba levantando continuamente vasos de infernales *cocktails*?

—En fin—dije cuando se hubieron calmado—. ¿Me dice usted, Jim, cómo conoce mi nombre?

—¡Lo sé porque acaba de ser pronunciado aquí hace un momento!

—¿Aquí?...

—Sí, señor, en el mismo sitio que ocupa en este momento este honorable *gentleman*.

Entonces pude descubrir, con la cabeza y los brazos apoyados en una mesa, una figura que no me era desconocida. Yo había visto a aquel hombre en alguna parte. Iba vestido de un traje un poco vago: un terció de marinero, otro de militar y de paisano el otro.

—¿Un marinero?—pregunté.

—¡Perhaps!—contestó Jim—. Con seguridad, un *desertor de los doce apóstoles*. ¡Pero demasiado borracho y hablador! Y esto le puede costar caro... ¡Hay muchos precedentes! ¡Eh, oiga, ya es tiempo de irse a la cama!... Aquí no tengo alojamiento para nadie.

Jim sacudió al hombre, quien consintió en ponerse de pie para... pedir de nuevo *whisky*; pero Jim, por toda contestación, lo cogió en brazos como a un niño, lo que no fué del gusto del otro, haciendo sus consiguientes protestas.

—¡Jim, Jim! No eres un hermano. ¿Dónde quieres que vaya a estas horas?—preguntó el borracho en inglés.

—*Vuelve a tu trabajo*. No hay otra solución para un *good fellow* que espera volver a ver un día la casa paterna.

—¡*Volver a los doce apóstoles!* ¡Prefiero reventar aquí!—berreó el borracho.

—Peor para ti; pero vete a reventar a otro lado, charlatán estúpido.

Y Jim lo puso en la calle, cerrando luego la puerta.

—¡Ya estoy harto aburrido!—dijo—. Acabaré por verme envuelto en líos, y, como usted comprenderá, no tengo ningún interés... ¡Otro a quien le va a ocurrir algo en la calle esta noche!... Hay quien quiere hacerse un Creso sin exponer nada. ¿Es que han perdido el sentido común?... Nadie les ha obligado a tratar *con los doce apóstoles*.

—¿Qué es eso de *un escapado de los doce apóstoles*:—pregunté.

Jim me miró riendo, creyendo sinceramente que afectaba yo una ignorancia divertida y que no se debiera emplear con él.

—Ya se lo preguntará usted al señor que ha pronunciado su nombre hace un momento—me dijo.

—Pero ¿qué señor? Y ¿cómo ha venido a buscarme aquí, cuando es la primera vez que vengo a este bar?

—No le buscaba aquí, pero como cuando desembarca jamás deja de hacerme una visita, me ha preguntado si había visto por casualidad pasar al señor Herbert de Renich, a quien se podía conocer fácilmente en que siempre iba acompañado de su botones, que me describió como una mitad aproximadamente de torero... Esto sin ofender, maese Potaje.

Una vez más tuve que sujetar a Potaje en el momento en que se disponía a saltar sobre Jim; el incidente, como es natural, se calmó gracias a una nueva ronda de *cocktails*, durante cuya elaboración reflexioné profundamente respecto a lo que acababa de oír. Sin duda alguna, «las autoridades de las islas Cies», que se habían negado a recibir mis cartas, no debían ser ajenas a todo aquello. Deseando, quizá, conocer los motivos de mi estancia en Vigo, habían investigado en el hotel y sabido por el mayordomo los detalles referentes al criado que me acompañaba por todas partes.

Debían, pues, saber a bordo del *Vengador* que estaba en Vigo, y el *midship*, sabedor quizá de la noticia, se habría apresurado a desembarcar, aunque no fuera más que para tomar en mi compañía dos o tres *cocktails*.

En aquellas circunstancias nada podía serme más desagradable y más útil; desgraciadamente, la descripción que Jim me hizo del que por mí se interesaba, y cuyo nombre no quiso decirme—quizá por ignorarlo—, me convenció que no podía tratarse del *midship*.

¿Quién entonces? Estaba intrigadísimo, y no prolongué mi estancia en el bar de Santiago de Compostela, aunque el trágico recuerdo de la terrible aventura de Dolores y de su madre me incitaba a dedicarle un detenido examen con el mayor interés, y mientras Jim cerraba, Potaje y yo nos alejamos.

—¡Señor!—me dijo Potaje—: he aquí una plazuela bastante oscura y un callejón alejado de todo tránsito... En lo que a la tienda adyacente al bar del señor Jim respecta, comoquiera que está abandonada desde que ocurrió aquel drama a que ha aludido, opino, una vez que he realizado una detenida inspección de los lugares, que constituiría un magnífico retiro para la dama del castillo si, como no dudo, conseguimos dentro de cuarenta y ocho horas hacerla evadir... ¿Qué opina usted?

—Digo, Potaje, que tu idea es excelente y digna de ti, y que viene precisamente a punto para substraerme a preocupaciones referentes a la dama en cuestión. No creo que Jim, que parece un buen muchacho, se niegue a prestarnos su ayuda en esa circunstancia.

—Mejor sería que no le habláramos del asunto—replicó Potaje, para el que no era Jim santo de su devoción—; he dado la vuelta a la casucha y se puede llegar al estanco de la señorita por el sótano: de eso me encargo yo. Nadie sospechará nada, y me comprometo a abastecer a nuestra huésped sin que se llegue a percibir ni mi sombra.

—¡Alabado sea Dios, Potaje! Nunca daré bastantes gracias al cielo por haberte puesto en mi camino.

—El señor se burla—protestó Potaje—; pero que me vuelva un aficionado de baja estofa, incapaz de dirigir una becerrada, si todo este asunto no está resuelto antes de que nazca el sol tres veces... ¡Deseche, pues, toda preocupación!... ¡Cuidado!—me gritó de pronto sujetándome el pie—. ¡El señor va a tropezar con un borracho!

En efecto; tuvimos que bajar de la acera para no saltar por encima de un largo cuerpo, extendido a lo ancho de ella.

Ya nos alejábamos, cuando se le ocurrió a Potaje extraer de uno de sus innumerables bolsillos una caja de cerillas, estando a punto de quemarle el bigote al individuo que nos había interceptado el paso. Al verle la cara, los dos lanzamos una misma exclamación. Habíamos reconocido al hombre que Jim había puesto tan cortésmente en la calle, prediciéndole una lamentable suerte. ¡El hombre yacía degollado por un tremendo tajo en la garganta!

Escapé corriendo, perseguido por Potaje y por el recuerdo de las fatales palabras de Jim: «¡Estúpido charlatán! ¡... le podrá costar caro!... ¡Hay muchos precedentes!... ¡*Evadido de los doce apóstoles!*»

En aquel instante aquel rostro, que recordaba vagamente, se precisó en mi memoria tal y como se me apareció al amanecer de un día memorable cuando atravesaba corriendo la hondonada de una de las islas Cies y fui detenido por un desfile de *artillería lenta*... ¡Sí; aquel hombre era el suboficial que dirigía con tan extraños ademanes la maniobra, precisamente frente a mí, en el flanco de aquel tren de artillería parecido a un «tren de orugas»!

¡Otra víctima de *la batalla invisible!*... ¡Algún desgraciado que había querido escapar a su destino!

¿Cuándo terminaría aquella noche de pisar sobre oro o resbalar sobre sangre? ¡También yo me había acercado a los carceleros de Vigol... ¡También había yo merecido ser tratado de estúpido charlatán!... ¿Por qué me había guiñado Jim el ojo al hablarme de *los evadidos de los doce apóstoles?*... ¡Quizá no existiera nada tan comprometedor en el mundo como aquel guiño! ¡Desdichado de mí! ¡Quién me dirá que, al igual que al otro, no se me reservará otra sorpresa trágica!...

¡Ay! ¡Por fin desembocamos en el paseo! ¡Aquí está el hotel y ese antipático mayordomo! ¿Pero es que está de servicio noche y día?

—Señor—díceme el mayordomo—, hay un señor que espera a usted en su habitación.

—¡En mi habitación!

—Sí, señor, en su habitación... Según me ha dicho, esperaba usted su visita...

—¡Yo!... ¡Si yo no espero a nadie!

A pesar de eso, me precipito en el ascensor, abro la puerta de mi cuarto, mi mano aprieta nerviosamente la culata de mi revólver en el interior del bolsillo, mientras que Potaje, entre mis piernas, parece listo a abalanzarse sobre las de no importa quién...